

CÓMO SE VIVE Y CÓMO SE MUERE  
EN JEREZ.

DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL

ATENEO DE JEREZ DE LA FRONTERA.

POR EL SEÑOR

**D. Manuel Ruiz García**

PROFESOR MÉDICO,

LA NOCHE DEL 28 DE MARZO DE 1901.



JEREZ

Imprenta de «El Guadalete», calle Compás, número 2.

1901.

A la Biblioteca Pública de  
Lerzer  
y Autores

SEÑORES:

Más que técnica, es propagandista esta conferencia que tengo el alto honor de explicar ante vosotros. Poca autoridad puedo ostentar para que sea fructífera la propaganda, pero la gravedad de los hechos que delato, es tan grande, que por lo menos, despertará la curiosidad del auditorio, y luego, la respetabilidad de los tratadistas tras los que me escudo y la lógica inflexible del análisis de los hechos, completarán mi deseo.

Yo quisiera disponer de todos los resortes de la oratoria, para contribuir en algo al convencimiento público, como grata compensación, al interés que siempre he sentido hacia los problemas de la Higiene en este pueblo, tan favorecido por la Naturaleza y tan desatendido por los hombres. Ya en la Prensa, á fines de 1899, inicié una campaña en pro de la Higiene pública, y hoy, desde esta tribuna, la reitero con más vehemencia, impulsado por el desastroso balance sanitario que arrojan las estadísticas del último decenio; y porque, si los males que se sufren son irremediables, la resignación se impone; pero cuando son removibles, cuando pueden desaparecer, gracias á la ciencia, llena el alma de

tristezas y se producen llamaradas de indignación, ante tanta pasividad, tanta incuria y tanta ignorancia. La tarea que me impongo no es de las más agradables, pero la acepto, como un deber inherente á mi profesión.

Los males, no se aminoran por ocultarlos y mucho menos los colectivos que los individuales; éstos, tienen manifestaciones sensibles; aquéllos, pasan desapercibidos hasta para los mismos pacientes; sus efectos, se atribuyen á causas fatales. De aquí, que no es muy fácil conquistar adeptos: todo aquello que se salga de lo trillado de la vida, que se aparte de la rutina, si no tropieza con los anacrónicos, se estrella ante los indiferentes ó apáticos. Es cierto, que la verdad, á la postre, siempre se abre paso, mas tanto puede retrasarse el triunfo, que resulte completamente estéril. Esa verdad, es en este caso la Higiene, ella imperará: pero mientras tanto, miles de criaturas enferman y fallecen y nuestra raza, fuerte y dominadora, se debilita y degenera.

Mas poco se consigue contristando al corazón con el hedor de las llagas sociales, si al estudiar los efectos de la triste realidad, no exponemos sus causas ocultas y no aventuramos un remedio, ya contrastado por la ciencia y la experimentación. Este es el plan que me propongo; de sí lo realizo con algún acierto, vosotros juzgaréis; me recomiendo á vuestra reconocida benevolencia.

\* \* \*

Yo sólo voy á presentar unas cifras, números acumulados y mudos para quien no conozca la ciencia de la Estadística y la Demografía y compare

y sinteticé: es el mismo efecto que produjera la vista de las Pirámides, á lo lejos, en aquella vasta llanura, desconociendo la Historia; montañas de arena petrificada de figura regular y caprichosa. Pero esos números, entre sus guarismos encierran muchas verdades: día tras día, año tras año, los sucesos vitales ocurren, sin regla, sin ley en la apariencia, pero en el fondo, todo efecto tiene su causa y toda causa obedece á un principio. El hombre, nace, vive y muere: nace por un ósculo de amor, síntesis de las energías puestas por Dios en la Humanidad, para la perpetuidad de la especie; vive, á espensas de los medios cósmicos, pero en abierta lucha con ellos y sujeto en un todo á las leyes físico-químicas; y muere, por el ciclo fatal de lo orgánico á lo inorgánico. Por todas partes se ven leyes, que si inmutables en su finalidad, dejan cierta holgura á los individuos y á las colectividades para su cumplimiento: dentro de ellas nacen otras, como ellas tan precisas y perfectas. Y por las leyes de la selección y de la herencia, las razas se hacen más fuertes, sanas y vigorosas; y por las reglas de Higiene, basadas también en leyes fisiológicas y físico-químicas, se conserva la salud y se aleja el plazo de la muerte.

¡La muerte! Ese fantasma siempre en derredor nuestro, aun en los actos más placenteros de la vida; que siempre se cierne sobre nuestras cabezas, pero no se la ve, no sirven de aviso las continuas deserciones de nuestros parientes y amigos; ese desfile macabro, hace derramar lágrimas y sentir angustias, mas nos consideramos impotentes contra esa ley fatal y confiamos, en lo lejano del momento en que tengamos que rendir el fúnebre tributo.

Mas instintivamente, el hombre reconoce que este plazo puede alargarse, si regula sus funciones y metodiza su vida, si no prodiga sus fuerzas y se defiende de los elementos; mas casi siempre este es un impulso, como ya he dicho, instintivo y á veces supersticioso, pero pocas reflexivo y por convencimiento. Esto nace, del poco interés con que se toma el estudio de la Higiene. La sociedad acostumbra á enseñar á sus hijos un medio para ganarse la vida ¡y qué contrasentido! no le inculca principios, no le da reglas para conservar la salud, tan necesaria para procurarse el sustento!

La Higiene, mientras se circunscribía á las exageraciones y petulancias de doctores tan admirablemente caricaturados en la persona del médico de Sancho en su insula, se comprende, fuera el tormento de algunos y el hazme reír de muchos; pero siempre se ha reconocido su importancia, como lo demuestra el que las distintas religiones, hayan incluido entre sus verdades reveladas ó en los preceptos de su moral, prácticas higiénicas con el fin de hacerlas obligatorias, como puede verse en el *Vastha* indio, el *Sanchonation* caldeo, el *Hermes* egipcio, el *Código* hebreo y el *Korán*, y en nuestra misma Religión católica, se nota en infinitos preceptos el interés con que los legisladores sagrados atendieron al bien corporal.

La Higiene es al cuerpo, como la moral de la Religión al alma; tanto una como otra, tienden á conservar el equilibrio de la salud material ó espiritual. La moral, procura conservar la pureza de las almas, indicando el camino por donde se llega á la consecución de la verdad. La Higiene, enseña á mantener la salud, desenmascarando á las causas de

enfermedad y dando reglas preservativas contra ellas.

Pero si se consigue mucho con la Higiene individual, el verdadero filón de salubridad, está en la Higiene llamada pública, esa rama de la ciencia que preserva á las aglomeraciones de tantas causas malsanas y patogénicas, que han surgido de la gran densidad de las poblaciones modernas, de la facilidad de las comunicaciones y de las industrias complicadas del presente. Y cosa verdaderamente prodigiosa, si la civilización con sus concausas, hace mucho más mortíferas á las grandes poblaciones, esa misma civilización con sus adelantos en la Higiene, anula tanto daño y las cifras de mortalidad disminuyen paulatinamente, hasta quedar por debajo de las de los pueblos de escaso vecindario, siempre tenidos por más salubres, pero que por sus escasos recursos ó mala administración, no se han colocado bajo la égida de la Higiene.

El hombre adinerado, podrá rodearse de todas las comodidades que proporciona la fortuna; podrá, hasta transformar su vivienda en un baluarte inexpugnable contra el contagio y la infección, aplicando las reglas de Higiene; pero en su egoísmo, no podrá reírse de la incuria y de la miseria de los demás, sopena de que se imponga un aislamiento imposible; que en cuanto nos elevamos un poco *de lo tuyo y lo mio*, empieza á regir la ley suprema de la igualdad; para una atmósfera viciada, no hay clases; en el trato social, lo mismo se contagia el mendigo que el millonario. Para vigir higiénicamente, hay que higienizar á los que nos rodean.

El higienizar es una de las formas de la caridad y casi más obligatoria. Con ésta se endulzan sinsa-

bores, se enjugan lágrimas, se mitigan dolores, se salvan vidas, queda la dulce satisfacción compañera de las buenas acciones, mas se aminora muy mucho, al reconocer, que la miseria es un mal social aún no resuelto y de muy difícil solución. No ocurre lo mismo con la Higiene, que como se basa en principios científicos, llegará en su perfeccionamiento, evitando enfermedades y arrancando vidas de mano de la muerte, en todo lo que sea compatible con la ley inmutable de la caducidad de la materia organizada. En Suecia, hace un siglo se consideraba la *vida probable* al nacer, como de treinta y tres años; hoy, es de cincuenta y uno; estos 18 años obtenidos demás en la *vida probable*, es conquista de la Higiene; nosotros no hemos podido llegar ni á la cifra primitiva.

\* \* \*

El objeto principal de esta conferencia, es descorrer un velo, quitar la venda que ciega las inteligencias en este pueblo, desvanecer una quimera más, desengañar á los que siempre han creído y siguen creyendo que Jerez es uno de los pueblos más sanos del mundo. ¡Pudiera serlo, pero desgraciadamente no lo es! Es arrastrado por el mismo torbellino que empuja á España entera, por el plano inclinado de la despoblación y de la ruina. El calificativo de Silió, de ser el *país de la muerte*, lo tiene bien ganado y merecido, pues no hay ninguna nación en Europa, que dé tanto contingente á la mortalidad, que es el verdadero *Juez de la Higiene*. ¡200.000 personas mueren anualmente en nuestro país, que no debieran morir! ¿Y quién los

mata? ¿Es el clima? ¡No, por lo paradisíaco de él! y porque países como Italia y Grecia, de casi idénticas condiciones, aumentan su población prodigiosamente, alcanzando la mortalidad en esta última nación un 12 por 1.000 menos que en la nuestra; cifra en extremo reducida, dada su incultura. ¡No es la raza! En Francia, mueren el 9 por 1.000 menos que en España, y en la misma península, tenemos á Portugal con un 11 por 1.000 de menor mortalidad que el término medio nuestro. Hay que decirlo. ¡Mueren de hambre y por desconocimiento de la Higiene! De hambre, porque no solamente mata la carencia absoluta de alimentos; que, debilita, estenua y acorta la vida la alimentación insuficiente. El cuerpo humano, necesita una cantidad fija de combustible; si se disminuye, acudirá á las reservas; si falta, habrá un autofagismo lento; y la masa obrera y parte de la clase media, cubre el déficit, con años de su propia vida y con energías vitales que roba á los seres que engendra. Ya lo dice Bertillon en su Demografía: «cuando las raciones disminuyen en el gran festín de la vida, se abren de par en par las puertas de salida,» que son las de la muerte.

La Higiene, es una palabra vaga y de escaso valor para las gentes; los más, entienden por Higiene, los consejos de comadres; los restantes reducen esta ciencia á una docena de reglitas de confección casera y los espíritus superiores, cuando de gastos de saneamiento se trata, se sonríen, como diciendo, ya estamos en el secreto; hay que justificar nóminas y gastos. Por dos veces, en pocos años, se han presentado á las Cortes, nuevas leyes de Sanidad y el espíritu de contradicción, intereses bastardos y la

ignorancia en estos asuntos, de los representantes del país, las han abortado. ¡Qué contraste con el Parlamento inglés! De él han emanado, reflejando el espíritu público, en la última mitad del pasado siglo, todas esas sabias leyes que han aminorado su mortalidad, en casi un 50 por 100.

\* \* \*

Pero no anticipemos juicios; datos iremos aportando, para que se conozca á fondo el estado sanitario de la localidad; esos datos, son los mismos que habréis leído tantas veces en la prensa; sumas, tantos por cientos, proporciones, admirablemente coordinados por el competentísimo Sr. Junco; lenguaje clarísimo para el iniciado y aun para el aficionado. Pero para formar juicio de las cosas hay que comparar y compararemos con poblaciones de idénticos ó peores medios de vida, para dejar sin efecto, esas argucias, de los que sin pararse en ahondar la razón de las cosas, sostienen que el aumento de la mortalidad, es aparente, por tener que desglosar el contingente forastero que dan los establecimientos de Beneficencia; en todos los pueblos populosos, sucede lo propio y como con ellos hemos de comparar, se igualan los términos.

Lo que hay de verdad es, que nos morimos y dejamos morir á nuestros ascendientes y descendientes, con el estoicismo propio del musulmán ó la indiferencia estulta del idiota. En Jerez, de cada mil habitantes, mueren, por término medio, 33 al año; cifra que nada significa para la generalidad, pero habla al alma y anuda la garganta, cuando se sabe que desde que la Higiene científica se planteó, esta

cifra desconsoladora, casi primitiva de las naciones, ha ido descendiendo paulatinamente en los pueblos cultos; y en Bélgica, ya no fallecen más que el 20'5 por 1.000, 19 por 1.000 en Inglaterra, y en Suecia, nación que puede presentarse como modelo del éxito de la Higiene, aun en lucha con los rigores del clima, en poco sobrepaja á la mitad del coeficiente 33, que nosotros padecemos. Tenemos un ejemplo de lo que puede conseguirse en pocos años, con buena voluntad y acierto; en el año 1885, Hamburgo dió miles de víctimas al cólera por sus malas condiciones higiénicas y su mortalidad constante, era muy grande; desde entonces acá, tanto han mejorado su salubridad, que el número de defunciones, sólo llega hoy al 16'80 por 1.000.

Y no hay que buscar subterfugios para explicar ese exceso de mortalidad; las cifras causarán horror, pero son expresión de la verdad; y no hemos de conformarnos, porque en España haya muchas poblaciones que pierden más que nosotros, como Sevilla, que llega al 35'40 por 1.000 de defunciones; Lorca, al 35'70; Madrid, al 37'50 (la ciudad de la muerte, como la llaman los demógrafos extranjeros); Cartagena, el 39'50 y Cádiz, el 41'60; pero también hay otras, como Palma, que se queda en 24'60 y otras muchas que apenas pasan del 20 por 1.000. A esto debemos aspirar y á eso seguramente aspiraremos, cuando la mayoría se convenza, de que estamos sometidos anticipadamente al yugo de la muerte, por nuestra propia voluntad; la materia prima de salubridad, la tenemos en nuestras manos, nos la brinda el suelo y el clima; si no cogemos sus frutos, no mereceríamos ni el dictado de pueblo libre.



Que las causas de enfermedad y de muerte existen á nuestro alrededor, en esta ciudad, es incuestionable; ahora, que no son tan accesibles á los sentidos, como las desigualdades del piso, los muros cuarteados que amenazan al transeúnte, la rabia de los perros vagabundos; de estas y otras causas de igual índole, nos libran las medidas de policía; de las invisibles, pero reales, también están bajo la férula de esa policía; la ley en general, todo lo tiene previsto; las reglas previsoras, por desgracia, sólo son atendidas en las apariencias, se interpretan mal por ignorancia y al aplicarlas, resultan ineficaces por mala organización ó escasez de medios.

Desglosaremos un ejemplo demostrativo. En los doce últimos años fallecieron en Jerez unas 700 personas de viruela, en su inmensa mayoría niños; ¡700 víctimas de la incuria de los padres, que no los vacunaron y revacunaron y del poco celo de las autoridades que no evitaron las tres epidemias de ese lapso de tiempo. Y no es hablar sin demostrar; lo que en otros pueblos se ha conseguido, no hay ninguna razón para que no pueda serlo en el nuestro. En Alemania, hace años que es rarísimo ocurra una defunción por viruelas, cuando antaño se contaban por miles; de hecho, puede darse por extinguida esa enfermedad en todos los puntos en que se apliquen con rigor las medidas higiénicas salvadoras de aquellas regiones. En dos solos principios se basan tan admirables resultados: vacunación y revacunación obligatoria; aislamiento y desinfección, con material apropiado y personal competente.

Entre nosotros, la vacunación, si no obligatoria, es gratuita para los pobres, y la desinfección se

práctica; pero del cómo ambos extremos se llevan á cabo, responden las siguientes cifras: En el año de 1895 no hubo en Jerez ni una sola defunción por viruela; el 96 hubo 3; 26 en el 97; 74 en el 98; en el 99 ascendieron á 96 y en el año próximo pasado, suben á 109; la expansión y el contagio están muy manifiestos desde los primitivos casos del año 96 y el descuido de aquel año, ha costado la vida á 305 criaturas en los sucesivos.

Con justicia hay que reconocer que el Municipio no escasea recursos para esos fines, pero los servicios están pésimamente montados. No en todos los casos, leves y graves, se desinfecta, ni el procedimiento tampoco responde á las exigencias; todo lo que no sea una dirección facultativa, en cada caso, es molestar á los vecinos, sin provecho para la salud pública. Con el dinero que se gasta en la quema de ropas contaminadas se podría adquirir una estufa portátil, cuyo coste no asciende á 1.000 pesetas, ya que las autoridades desoyen la voz de la necesidad y no han montado una estufa de desinfección en el Hospital, donde sus servicios son imprescindibles, tanto para el establecimiento, como para los demás de la población y particulares.

De las vacunaciones habría mucho que hablar; ya que la ley no obliga, sino con ciertas restricciones á la vacunación, han de darse todas las facilidades á las gentes, para que la lleven á cabo. La vacuna á domicilio en ciertas épocas del año, con personal exclusivamente dedicado á esa misión, procedimiento que tan buen resultado ha dado en Madrid últimamente y el no facilitar los servicios de Beneficencia domiciliaria á las familias que no presenten certificado de haber prendido la vacuna

en sus hijos, cambiarían este estado de cosas, indigno de un pueblo culto.

En España no se han atrevido á implantar la vacunación obligatoria, porque atenta á la libertad individual. ¡Libertad individual en asuntos del bien y salud públicos! ¡Y sobre todo, por lo garantizada que está esa libertad que se defiende!

Si nos aterra esa cifra de 700 víctimas de viruela en 12 años, qué espanto no causará el conocer que en solo tres años, casi llegan también á ese número las defunciones por la plaga de las sociedades modernas, que aniquila y devora la juventud, la tuberculosis, la tisis, esa enfermedad que quisieron poetizar los románticos y que hoy la consideramos como una desgracia y como un peligro para todo el que alrededor de los enfermos se encuentra.

La ciencia, en estos últimos tiempos, ya no se considera impotente contra ella: con el saneamiento de las poblaciones y viviendas, con las desinfecciones y restricciones encaminadas á evitar la diseminación del contagio por medio de las carnes, la leche y los esputos, se ha iniciado la baja en el número de atacados; victoria grande, cuanto se había notado con alarma, el progresivo desarrollo de la pandemia. Y si ese admirable resultado se ha conseguido con la Higiene, no lo es menor en su curabilidad con la institución de los Sanatorios, remedio único eficaz para los primeros períodos, pero recurso que sólo es dable aprovechar al rico; los pobres, siguen siendo los desheredados. En este pueblo, donde la Caridad tiene tan hondas raíces, donde las asociaciones religiosas, filantrópicas y de enseñanza tienen tanta protección de las clases pudientes y donde con tanta frecuencia se organizan

fiestas con fines benéficos, aún no ha salido una voz, eco de la del apóstol de los Sanatorios en España, el Dr. Moliner, que aliente á nuestra sociedad al establecimiento de esos Institutos, en un edificio, de tantos abandonados, de nuestra antigua riqueza viticultora, y donde pudieran encontrar su restablecimiento y su salud, los innumerables seres, irremisiblemente condenados hoy, en este hermoso pueblo, á la pena capital, sin más culpa, que el haber nacido en una sociedad egoísta, que todo lo espera del favor divino cuando ese favor divino lo hemos recibido ya, al disponer en nuestro cerebro de una potencial inagotable, de esa luz vivísima, que abarca é ilumina todo el pasado, estudia y analiza el presente y deduce y regula nuevas enseñanzas para lo porvenir. Dios, al darnos la vida, nos dió también elementos para defenderla.

Otra enfermedad tenemos en nuestro pueblo, y más que en nuestro pueblo, en nuestra campiña, que es el azote en determinadas épocas: el paludismo, las fiebres tercianas y cuartanas, engendro de las aguas encharcadas y que se extienden por el término, por la friolera de 24 kilómetros, según informe oficial.

La mayor parte de esas lagunas, terrenos perdidos para el cultivo y sólo aprovechables en algunas estaciones para el pastoreo, serían desecadas á poca costa; y á más de fuente de riqueza, aminorarían los desastrosos efectos de sus miasmas, que por lo mortíferos, quitan muchos brazos á la agricultura, empobrece y debilita á los braceros y á la larga, es una de las causas de degeneración. Las Landas francesas estarían hoy despobladas, si no hubieran desaguado sus pantanos, sustituyéndolos por her-

mosos bosques que enriquecen y sanean aquel país, de terrizos y enclenques campesinos.

Y pertinente es un consejo: los verdaderos propagadores de las fiebres, no son los vientos arras-trando los miasmas; el viento lo que arrastra son los mosquitos que se crían en las lagunas; éstos son los que en sus picaduras inoculan el *protozoo* que produce la enfermedad; y no todos los mosquitos, sino determinada clase de ellos, los *anofeles*, de caracteres bien distintivos y que aun en el invierno, se encuentran en las habitaciones. Por lo tanto, no hay mejor preservativo para las calenturas, como vulgarmente se las llama, que el mosquitero.

Otro consejo; á quien sobre todo debe librarse de las picaduras es á los niños, cuya piel, tierna y jugosa, es un verdadero manjar para esas sangui-juelas voladoras; y tengo para mí, que en los pe-queñuelos, tantos accesos febriles inexplicables y que se atribuyen á la dentición, empachos, etcétera, obedecen, las más de las veces, á inoculaciones de los mosquitos; porque casi siempre podrá notarse, la coincidencia de la corona de marcas que cubre la frente de los angelitos, indefensos ante tantos enemigos que chupan su sangre, fuente de su vida.

La hembra de estos dípteros, que es la única que se alimenta de sangre, al clavar el chupador, no sólo deja el líquido irritante que todos conocemos por sus efectos, sino otras ponzoñas que adquirie-ron, ya en el agua donde se desarrollaron, ó ya en otra sangre donde antes satisficieron su apetito; en el hombre, por su robustez, pronto pueden anularse sin trastorno sensible, más en los niños, no puede conseguirse sino con una reacción tumultuosa.

\* \* \*

Donde resulta más palpable el exceso de defun-ciones de nuestro pueblo, es comparándolo con el número de nacimientos; el déficit es considerable. Si no fuera por la constante inmigración, Jerez es-taría llamado á ver crecer la yerba en sus calles; aquí, lo único que prospera es el cementerio; por eso lo tenemos tan cerca de casa, implícitamente confesamos nuestras culpas, y ya que prematura-mente nos separamos de nuestras afecciones, que-remos conservarlas cerca de nosotros, para que sus restos, á su vez, puedan vengarse envenenando nuestra atmósfera y nuestro subsuelo.

En el transecurso de 12 años, han fallecido 2.510 personas más que nacieron, es decir, que siguiendo la proporcionalidad de otros pueblos, que aumentan en un tercio la densidad de su población en este pe-riodo de tiempo, nosotros hemos perdido 22.000 almas. Me parece, señores, que ya representa esa cifra, buenos intereses, para el dinero que hubiera que invertir para higienizar al pueblo.

No hay exageración en tales guarismos, la esta-dística está hoy al alcance de cualquiera; aquí habrá quizás algunas razones que atenúen tamaño mal, que nos ha estado afligiendo en la ignorancia: tales son, por ejemplo, el que el número de nacidos sea mayor que el que aparece en los registros civiles, pero esta diferencia, ante las cantidades que se ba-rajan, poco puede influir en las conclusiones. Tam-bién es posible, que la proporcionalidad de defun-ciones con el número de habitantes sea un poco menor, por las ocultaciones con fines administra-tivos, que todos conocemos; pero la cifra de morta-lidad, siempre será exageradísima, como lo de-muestra, el gran contingente de todas aquellas en-

fermedades debidas á transgresiones de Higiene, el aumento excesivo de las defunciones de la infancia y otras cifras elevadísimas que dan otros grupos de enfermedades, en que la Higiene pública puede también inmiscuirse, en todo lo compatible con la libertad individual.

Me refiero al *alcoholismo*; el gran contingente de las enfermedades del sistema nervioso y aparato circulatorio, los padecimientos del hígado y estómago, hablan más, que la más fina observación de las costumbres. Donde se abusa del vino y aguardiente y donde ni éste ni aquél son las más de las veces puros, se presentará como secuela obligada la *esclerosis* de los órganos más indispensables para la vida, acentuándose en unos ó en otros, según la *minores resistentie* ó idiosincracia del individuo que use ó abuse de esos venenos.

Otro dato que corrobora los desastrosos efectos que el alcoholismo produce en nuestra sociedad, también la Estadística lo desenmascara: en pocos pueblos se eleva tanto como en éste el número de defunciones en el claustro materno, y eso, que no aparecen más que los que necesitan enterramiento, que si se numerara tanta y tanta maternidad abortada, mucho haría reflexionar á los que de asuntos sociales se ocupan. Es un hecho comprobado, que nada puede perjudicar más á un nuevo ser, que el alcoholismo perturbe su generación; parece como que se rompe el equilibrio aún misterioso que rige en su desarrollo, y unas veces la muerte, y otras lo que es peor que la muerte, el idiotismo, la imbecilidad, la epilepsia y las perversiones morales, signos todos de la degeneración, son los estigmas con que parece que la Providencia viene á poner de relieve

por las leyes de la herencia, el indigno proceder de los padres, para que les sirva de castigo permanente.

Y ya que hablamos de alcoholismo y ya que nos ocupamos de niños, pondremos de manifiesto una costumbre inveterada de esta región, dañosa y perjudicial para la infancia y nacida sin duda, de consejos impremeditados y de equivocadas ideas de la tonicidad que prestan los alcohólicos á los adolescentes. Es cosa, aquí muy frecuente, el dar vino á los niños, aun en su edad más tierna; y su organización débil, que no puede soportar excitantes de ninguna clase, ni aun el café ni el te, por la exagerada impresionabilidad de su sistema nervioso, que tan frecuentemente se traduce en convulsiones y espasmos, sufre de continuo esas excitaciones artificiales que perturban su cerebro.

Como base para juzgar la cuestión, hay que sentar, *que el alcohol en grandes dosis, lo mismo el del vino puro que el del artificial, es un veneno para el sistema nervioso, y á la larga, para el corazón y vasos sanguíneos.* Esa excitación que produce, no es en balde, que como ley fisiológica, á todo estímulo sigue una depresión; y nunca pasajera, que las células nerviosas pierden parte de su potencia intelectual y que sin llegar á conceptuarse como enfermedad, se traduce, por pérdida de la memoria, dificultad para la asociación de ideas, indolencia creciente y anonadamiento de la voluntad, el carácter se agria, la lucha por la vida se hace más penosa y las penas se ahondan; mas todo desaparece como por encanto, á la acción de nuevas dosis del excitante y en ese círculo vicioso, el impenitente llega al *delirium tremens* ó á la *enagenación*

*mental*, si antes algunos de los demás órganos atacados no se sintió impotente y consumió el suicidio.

En los niños, cuyo sistema nervioso tiene un desarrollo proporcional mucho mayor que en el hombre, y en el que sus diversos centros están aco- piando materiales para mostrarse más tarde á la altura de su misión, el alcohol aviva y acelera ese período constituyente, cuya metódica evolución es la garantía de su perfeccionamiento; exalta una imaginación aún no reglada por el raciocinio; lleva la anarquía á donde debe reinar el orden; y consume energías en provecho de las pasiones. ¡Cuán- tos caracteres caprichosos é indomables se han for- mado por la irreflexión de los padres! ¡Cuántos no han llegado al perfecto desarrollo cerebral por esa misma causa! ¡Y cuántos más habrán muerto con- trayendo violentamente sus miembros y escondi- endo sus pupilas en las órbitas, como no queriendo ver á aquellos, que le dieron la vida y con su crasa ignorancia lo entregaran á la muerte! Todavía corre como muy valedera la opinión de que el vino faci- lita las funciones digestivas y científicamente está demostrado lo contrario; que las retarda y las per- turba. No hay ni que decir, que en los niños, donde todas las energías se condensan en el aparato diges- tivo, para desarrollarse y crecer, el beneficio que podrá hacerle ese excitante fugaz, que podrá ser de acción agradable y hasta algunas veces necesaria, pero mortífera como costumbre.

Estas afirmaciones no son más del todo, reflejan la opinión de muchos especialistas; y en nuestro pueblo, creo firmemente, que se hace un verdadero bien dando la voz de alarma á tanto padre que celebra á boca llena, la fruición con que sus hijos

beben el vino, sin contar, con que á la postre, lo de- volverán en lágrimas.

Así se explica que la mortalidad en los niños sea tan asombrosa. ¡Cientos! ¡Miles de ellos son arran- cados del regazo materno prematuramente! Si fuera posible inculcar en un momento determinado, en el convencimiento de esas madres cariñosas, que sus seres queridísimos que defendieron hasta del aire y de la luz, murieron por la desidia y el aban- dono de los hombres, como nuevas amazonas, arran- carían de esas manos infecundas, los instrumentos de gobierno. Desgraciadamente, en nuestras muje- res, el sentimentalismo llega pronto al corazón pero las verdades científicas, laboriosamente evolucionan.

En Jerez, en el quinquenio de 1894 á 1899 de cien nacidos fallecieron 54'89 (8.444 nacidos por 4.635 defunciones sin cumplir seis años) 2 por 100 más que en Cádiz, la que se ha considerado como tumba de la infancia; saliendo favorecido Barce- lona en un 12 por 100 y en 11 la Coruña; hasta Madrid, que tanto ha dado que hablar á los demó- grafos, nos sale ventajoso en un 6 por 100; y el tér- mino medio de España es inferior á nuestra morta- lidad en un 12 por 100; pero al compararlo con otras naciones europeas, la vergüenza y la indigna- ción encienden el rostro y la pena y la angustia in- vaden el corazón. En un período de cinco años, mueren de 100 nacidos, 36'77 en Italia; 24'86 en Francia y 23'76 en Inglaterra; compárese esa cifra, con la de 54'89 que arrojan nuestras estadísticas y vosotros mismos poned el calificativo que mejor os cuadre, á los ciudadanos que á tal estado de cosas se someten y á las autoridades que lo consienten. A los ciudadanos, porque algo mitigado debe andar,

por el egoísmo ó la ceguera, el cariño al tierno sér que perpetúa la propia vida; y á las autoridades, por no cumplir el deber sacratísimo de defender al débil contra este hábito de muerte que forma nuestro ambiente.

Todas las causas enunciadas, contribuyen á la matanza herodiana, pero á cada cual lo suyo; á las madres también les alcanza su tanto de culpa y no escaso; por sus hijos son capaces del sacrificio, pero en su incultura, no huyen de la rutina y de los consejos nefastos de marisabidillas; debiera tener en cuenta, que en el recién nacido, la vida tiene muy poco arraigo en el cuerpo; y como dijo Bergeron: «tiene menos probabilidades de vivir una semana, que un viejo de 90 años, y que uno de 80, para vivir un año.» Sólo vivirá, á fuerza de cuidados, pero no de los cuidados irreflexivos que dicta el cariño, sino de los emanados de una práctica sensata y del estudio de las necesidades de cada caso; á la penetración de las madres, se escapan muchos peligros y si manejaran las cartillas higiénicas, tan á menudo como los *trapos* ó los libros religiosos, se daría un gran paso para la resolución del problema.



Y como último dato demográfico, daremos otro triste: la Natalidad. En los diez años de 1889 al 99, el término medio anual de nacimientos, por mil habitantes, fué de tres décimas más bajo que el de París, que llegó á 29'9; es decir, que ese foco de perversión moral, que asombra al mundo, que hace levantar la voz de sus grandes pensadores y hace

germinar en la imaginación del rey actual de la novela un poema á las energías creadoras y fructíferas de la Naturaleza, llamado «Fecundidad» y que es un grito de dolor ante el vicio y el egoísmo del pueblo francés que derrocha torrentes de vida, caminando á la despoblación y al suicidio, pudo vanagloriarse de que esta ciudad, que aún ignoraba la doctrina neomalthusiana y que no ponía en práctica la *Moral restraint* de las clases acomodadas francesas, apareciese, por la gran descubridora de los misterios de las muchedumbres, por la Estadística, menos prolífera, que ese antro de la Esterilidad. ¿Y qué causas podrán intervenir en este resultado tan lejano de la creencia general, que sólo ha apreciado la fecundidad de unas cuantas venturosas familias y no la más ó menos esterilidad de muchas? Ya hemos juzgado una de sus causas; el *alcoholismo*, ya por perturbación en la generación, ya por los estigmas de la herencia; y tras el alcoholismo, asoma su rostro famélico la *miseria*, pero no sólo esa miseria que no puede dar á un nuevo sér lo de que ella carece, sino la *miseria fisiológica*; unas veces reliquia de casamientos consanguíneos ó *vicios paternos de la juventud*, que la Higiene no pudo evitar y otras, las más, adquiridas en lúgubres y húmedas viviendas; débiles organismos femeniles con escrófulas y otros alifafes, recluidas monjilmente, que anotan como una página de oro de su vida, aquel día en que el Sol tostó su rostro marchito y en el que sus pulmones entecos, se embriagaron de aire puro en campo libre; uniéndose á todas estas causas, dependientes de la Higiene, el escaso número de casamientos, casi en el límite del país que menos uniones acredita; reflejo también

del bienestar de los pueblos y de una dudosa moralidad en sus costumbres.

En estos dos últimos años, se inicia la reacción; ha llegado á 30'73 la natalidad y es muy probable siga el aumento, por el gran número de casamientos del año pasado, casi un centenar más que el término medio anual, pero siempre esa cifra de 30'73 por 1.000, es sensiblemente menor al coeficiente de 36'20, que es el que corresponde á España en conjunto.

Está probado, que los pobres son más fecundos que los ricos. ¿Pero de qué sirve esa fecundidad, si en la lucha por la existencia los más son vencidos? Según el Dr. Comenge, en los tres primeros años de la vida, mueren muchos más pobres que ricos; así como se cambia la relación, desde los tres á los trece. En los primeros, se ve obrar la miseria y el abandono de los padres, forzoso muchas veces; luego, quedan los más fuertes en competencia con los ricos, entregados á manos mercenarias poco maternales y obligados á prematuros estudios en antihigiénicos establecimientos de enseñanza.

\* \* \*

¡Gran desencanto para los jerezanos al ver derumbarse la arraigada creencia de la salubridad de su pueblo! Y no hemos de conformarnos con que otras poblaciones de España, sean más perjudicadas. Jerez, por sus condiciones naturales, debería ser un oasis, en medio de tanta desolación. Asentado sobre elevada loma, cuyo declive sana el subsuelo; recibiendo las brisas del mar, que tonifican y templan el clima y el aire oxigenado de sus campiñas y florestas, que purifican y vivifican el am-

biente; gozando de pleno Sol, que cumple sin obstáculos esa otra misión, siempre prevista y hoy demostrada, de librar al hombre de miríadas de diminutos seres, causa de infecciones y contagios; disponiendo de raudales de agua purísima, caudal de salud inagotable; blasonando de buenas costumbres, basadas en un buen espíritu cristiano. ¿Dónde está el pecado original, que no permite que esas envidiables condiciones propias de su suelo, de su clima y de su ambiente, fructifiquen?

Es, que ese aire que debiera llegar puro á nuestros pulmones, se impregna antes, de los miasmas aniquiladores de marismas y pantanos que pueblan nuestro término; aguas sucias que se esparcen á las mismas puertas de la población; gases del atiborrado cementerio; polvo de los antihigiénicos arrecifes de las calles y del incompleto barrido de las vías; y aun dentro de las viviendas, se hace más nocivo, por la humedad, falta de luz y de ventilación de las casas, y la comunicación permanente con la atmósfera deletérea de las madronas.

El suelo que nos sustenta, está impregnado é infestado por nuestros mismos detritus, que en él se derraman, ó se filtran por la porosidad de los materiales de las alcantarillas.

Las enfermedades infecciosas y contagiosas, dejan sembrado su vaho de muerte, ahogando la expansión de las fuerzas vitales, que fueran hercúleas, si una mano inteligente hiciera la escarda que aconseja la Higiene.

Las sabrosas carnes, que producen sus pastos, son el vehículo de incurables padecimientos, unas veces por lo imperfecto del servicio investigador, otras, por presión de intereses bastardos.

La leche, ya por lucro infame, ya por deficiencias de las Ordenanzas, ya por favoritismos criminales, propaga ese veneno sutil de la tuberculosis, á que tan propensa es la raza bovina, ó aniquila la escasa vida de los pequeños seres, desdichados al nacer, por faltarles madre, y si aun teniéndola, no es ésta lo suficientemente fuerte ó cariñosa.

Y por último, contribuyen al mismo fin, lo poco garantida que se encuentra la salud pública en las manipulaciones y conservación de los alimentos; así como sus adulteraciones poco conocidas y menos perseguidas; nocivos, no sólo por las enfermedades que provocan, sino dañosas también por lo que aminoran la alimentación de las clases trabajadoras.

En una palabra: en este hermoso pueblo, digno de mejor suerte, la Higiene está en la infancia; ningún servicio responde á las necesidades modernas; falta la suficiente ilustración en las clases directoras y el necesario desprendimiento, para dotar á cada ramo de los recursos imprescindibles y de dirección competente; un ejemplo: En caso de epidemia, se nombra una Junta parroquial compuesta de las personas de más respetabilidad de la feligresía, para que hagan una visita de inspección á las casas de vecindad y que propongan las mejoras higiénicas necesarias; por lo general, todas esas personas, van animadas de muy buena fe, pero es suficiente ésta, para juzgar caso tan delicado? Y si el médico de Beneficencia asesora, y se sigue su criterio, huelga la Junta. Tal como se constituyen esas Juntas, es un organismo arcaico, muy propio para visitar enfermos, repartir consuelos y recursos, pero inútiles y hasta perjudiciales, para los fines de la Higiene. Además, hablando con entera verdad, ni

el mismo médico del distrito debiera resolver, salvo excepciones; la Higiene, es hoy una ciencia tan vasta, que constituye una verdadera especialidad, y pocos serán los que tengan tiempo de que disponer, para una rama de conocimientos muy separada de sus habituales ocupaciones. En otros países, existen médicos higienistas y la ley de Sanidad, presentada últimamente á las Cortes, los establecía en España.

Las reformas necesarias para ahuyentar tanto mal, ya fueron expuestas en una serie de artículos publicados en *El Guadalete*, desde Agosto á Noviembre del año antepasado; hoy, sólo nos toca trazar las líneas generales.

#### Higiene de las viviendas.

1.<sup>a</sup> Hacer obligatorio el establecimiento de sifones hidráulicos en todos los retretes, pocillas y vertederos que tengan comunicación con las alcantarillas.

2.<sup>a</sup> Que los colectores, hasta la madrona, sean impermeables.

3.<sup>a</sup> Toda nueva edificación ó casa que se reforme, aislará con sifón hidráulico, sus cañerías, del colector general.

4.<sup>a</sup> Para permitir sean habitables los pisos bajos de las casas, se aislarán del subsuelo por los medios tan conocidos.

5.<sup>a</sup> Las casas de nueva construcción ó que se reformen, deberán aislar sus muros en la base, para evitar suban las aguas por capilaridad.

6.<sup>a</sup> Se garantizará la ventilación ó iluminación, por reglas arquitectónicas, y cada persona, en los cuartos de dormir, dispondrá, por lo menos de 10 m<sup>3</sup> de aire y 3 m<sup>2</sup> de superficie.

7.<sup>a</sup> El Inspector médico de Salubridad, en unión con el arquitecto, son los encargados de revisar y rectificar los planos, con arreglo á bases establecidas y de vigilar su cumplimiento, así como denunciar las viviendas que no se ajusten á las reglas que la ciencia experimental considera indispensables para la salud pública.

#### Higiene del suelo.

1.<sup>a</sup> Se terminará el plan de alcantarillado que falta.

2.<sup>a</sup> En estas nuevas obras y en todas las reconstrucciones, se adoptarán materiales impermeables.

3.<sup>a</sup> Los colectores de evacuación se prolongarán hasta donde sus emanaciones no perjudiquen á los alrededores de la población.

4.<sup>a</sup> Inmediatamente se procederá á la oclusión del Cementerio.

5.<sup>a</sup> Se saneará la campiña, empezando por la «Laguna de Medina» y la de «Rajamansera,» obras de muy poco coste, en relación de los beneficios que pueden reportar.

#### Higiene de las vías.

1.<sup>a</sup> Paulatinamente se irán suprimiendo los arceifes de las calles sumamente antihigiénicos y sucios.

2.<sup>a</sup> El barrido de las calles, se hará con minuciosidad, con el fin de que queden limpias y no desperdigadas las basuras.

3.<sup>a</sup> Se emplearán carros cerrados.

4.<sup>a</sup> Durante el día se mantendrá la limpieza en

las calles céntricas, con personal permanente y carretilla de mano.

5.<sup>a</sup> Se higienizarán las paradas de coches y los urinarios.

#### Las subsistencias.

1.<sup>a</sup> Se reglamentará minuciosamente las condiciones que deben reunir los locales de las distintas industrias ó comercios que se relacionen con este fin.

2.<sup>a</sup> Se reorganizará el servicio de Inspección para hacerlo efectivo.

3.<sup>a</sup> Al Laboratorio Municipal se dotará de material apropiado á sus altos fines, así como de personal para los análisis biológicos, de tan grandísima importancia en la actualidad y necesario complemento del buen servicio químico con que cuenta.

4.<sup>a</sup> Se procurará que las autoridades judiciales sean las que siempre intervengan en las faltas y delitos de defraudaciones y adulteraciones de alimentos, que se denuncie por el personal pericial.

#### La salud pública.

1.<sup>a</sup> Se montará ó subvencionará un Instituto de vacunación, la cual será obligatoria á todos los que pertenezcan al padrón de Beneficencia y á todos los niños de las Escuelas.

2.<sup>a</sup> Los vacunadores sólo darán certificados á los vacunados y revacunados con éxito, ó á los refractarios por tercera vez.

3.<sup>a</sup> En épocas fijas y en casos de epidemias se practicará la vacunación á domicilio.

4.<sup>a</sup> Las desinfecciones dirigidas por personal

competente; serán obligatorias en todos los casos de enfermedad contagiosa y en las casas pudientes el médico de cabecera garantizará el servicio.

5.<sup>a</sup> Se establecerá una estufa de desinfección en el Hospital y para los casos de epidemia debiera haber además alguna portátil.

Estas son las líneas generales de las reformas necesarias y que poco á poco podían ir implantándose; para ello, sólo se necesita una buena voluntad; un hombre de gran ilustración, para penetrarse del beneficio inapreciable que reportaría á su pueblo, dedicándose por entero á la modificación de los servicios de salubridad, y de energía suficiente para huir de compromisos y corruptelas políticas que ahogan toda iniciativa.

Y tenemos que contar con un hombre, porque carecemos de aquellas Juntas inglesas autónomas no sólo en la parte facultativa, sino también en la administrativa, y de cuya institución ya conocéis los resultados y porque á los particulares, aún les falta la educación del ejercicio de sus derechos. ¿Cómo podría concebirse entre nosotros que un contratista de limpiezas, se viera multado y hasta rescindido su contrato sólo por el hecho de que un particular acudiese al Juzgado en quejas reiteradas, bien previstas por la Ley? ¡Cualquiera les quita á las autoridades gubernativas la alta inspección ó mangoneo de esos servicios!

\* \* \*

Hay que formar opinión, hay que convencer al público de que la Higiene es tan fuente de riqueza como los caminos y canales. España pierde anual-

mente 200 millones de pesetas capitalizando las vidas que se malogran á un tipo más bajo que en Inglaterra y Francia; y á Jerez le corresponde de esa pérdida 600.000 pesetas anuales, por las 600 personas que fallecen cada año que no debieran morir; es decir, un tributo aun más oneroso que el de consumos y por el cual hasta ahora á nadie se le ha ocurrido protestar.

La práctica ha derrocado las doctrinas de Malthus, el aumento de población es correlativo con la hiperproducción; si una crece en progresión aritmética, la otra lo hace casi en progresión geométrica; de donde se infiere, que disminuyendo la Higiene la mortalidad, aumenta la riqueza de las naciones. Mas para nosotros llegar al ideal de perfección de Nitti, nos resta que andar todo el camino; pero hay que emprenderlo, porque en la vida colectiva vivimos agonizando y si la reacción no llega desaparecemos como nación y como raza.

Hay que emprender política higiénica, pues ya dijo Descartes: que la Higiene puede combatir la degeneración del hombre y restituir á la especie Humana su noble y excelso tipo. Si queremos ser ricos, si deseamos ser fuertes en salud y poderío, la Higiene, fiel reflejo de la cultura de las naciones, nos guiará al fin deseado.

HE DICHO,

